

TABARÉ

*A mi querido amigo el señor don
Ramón Mendoza, ministro de la
República Argentina en México.*

He soñado desde niño con una literatura enteramente americana. En medio de nuestros seculares bosques, viviendo en las canosas ramas de los ahuehuetes, hay pájaros que cantan con voces no aprendidas, algo que pudiera llamarse el himno de las selvas indianas. ¿Por qué no ha de haber poetas que los imiten?

¿Estamos obligados en lengua ajena á cantar tradiciones, costumbres, sentimientos y glorias ajenas? ¡Si nuestra historia está sembrada de episodios heroicos dignos de los bardos griegos! ¡Si cada nación de las que constituyen la América latina tiene inédita una Iliada propia, que espera un Homero que la entregue á la Fama!

Literatura americana en lengua española es la que crearán los poetas netamente americanos y en ella quedarán para siempre enaltecidos los hechos de nuestros héroes, los sacrificios de nuestros mártires, el vigor y la grandeza de las razas primitivas, la fertilidad de nuestro opulento y fecundo continente velado por el cielo más diáfano, alfombrado por la vegetación más fértil, erizado por las montañas más altas y más ricas y, digámoslo de una vez, poblado por seres en que se confunden y mezclan todas las actividades intelectuales que favorecen el sentimiento más puro en estética para todas las artes.

No es un error afirmar que por la altura de nuestras comarcas, son en ellas más vivos los matices de los

celajes, del campo, de las hojas, de los pétalos y de las olas; más exquisitas las plumas y la voz de los pájaros; más rica la flora que cuaja en gardenias, tuberosas, lirios y camelias y más dispuesta la imaginación para crear todo lo que nutre la poesía virgen y nueva que inmortalizaron los libros orientales.

Nosotros — como asentó en mi álbum el eminente Castelar — nacemos donde la República y la Libertad nacen con el vigor de las selvas no profanadas y entre los salvajes conciertos producidos por las mil voces de la Naturaleza, á tiempo que el Viejo Mundo presenta sus ruinas amontonadas como un oleaje petrificado, sobre las cuales crecen la cicuta y la ortiga y tristemente cantan las siniestras cornejas sus melancólicas elegías.

Pues bien, esos conciertos salvajes pero hermosos, en que los artistas son los zenzontles y los urutíes; en que visten lujosísimos é incopiables trajes, más ricos que los de todos los reyes, los quetzales y los colibríes; esas montañas coronadas de eternas nieves como el Ixtlacihuatl, el Popocatepetl y el Citlaltepetl; ó los que escalan el cielo como los Andes; los hondos ventisqueros donde ruge la fiera indómita y arrastra sus matizadas escamas la ponzoñosa serpiente; los ríos como mares en cuyas floridas riberas se mecen los nenúfares y los camalotes; las ciudades extrañas alzadas en los desiertos por las tribus nómades que llevan consigo sus dioses, sus familias, sus armas y hasta sus sepulcros; la manera de crear, de sentir, de luchar y de perecer de estas razas en las que hay Elenas, Judits, Beatrices y Juanas de Arco; ¿no tendrán cantores propios nacidos en medio de ellas, que las describan y las revelen á los lectores de los pueblos viejos?

Si los tendrán á fe mía, y puedo aventurarme en esta esperanza hasta decir que ya surgen algunos en nuestro siglo.

Usted, querido amigo, ha puesto en mis manos un libro hermoso, obra de un poeta uruguayo que me cautiva con su estro; libro destinado á vivir luengos años sobre esta tierra de promisión para el progreso humano, que se llama la América latina.

Ese libro contiene el poema « Tabaré », hijo del numen de Juan Zorrilla de San Martín.

Ocúrrase á cualquiera preguntar con curiosidad femenina ¿ cómo es el poeta? Su retrato me lo revela, con una frente en perpetua gestación de ideas y coronada de profusa y desordenada cabellera; con ojos de mirar reflexivo y á la par melancólico; con una expresión de fisonomía triste y seria, pero dulce y franca.

Dicen que los juicios del extranjero se asemejan á los de la posteridad en lo fríos y en lo imparciales y aunque extranjeros no somos entre sí los americanos, el hecho de ser del Sur el autor del « Tabaré » y yo del Norte, y la circunstancia de estar el Uruguay tan distante de México, dan en este caso tintes de extranjería á mis opiniones, que sin duda les añadirán ante los más severos la condición de imparcialidad que para los juicios literarios se requiere.

Dicho esto, permita usted que con el desorden, el poco aliño y la ruda franqueza que son cualidades ingénitas de mi carácter, diga respecto del « Tabaré » cuanto se me venga á las mientes. No abrigo temor de que me tachen de incorrecto porque nunca he soñado en adquirir un sillón de la Academia, ni nadie podrá juzgarme parcial ó apasionado, porque no conozco al poeta sino á su obra y no escribo este juicio por encargo sino por antojo.

El libro está abierto delante de mí; allá va lo que pienso y lo que creo; recíbalo usted como un testimonio de nuestra estrecha amistad, seguro de que ésto me basta y me conforma.

Soy enemigo de obedecer á la rutina; creo que las obras del ingenio humano deben amoldarse en la forma que mejor convenga á sus autores y no censuro al poeta porque no haya escrito su poema en octavas reales. Ha elegido el verso asonantado y ha hecho muy bien. La primera condición de un americano es vivir y desarrollarse en pleno ambiente de libertad; así es que hasta en esto se revela americano el poema. ¡ Hasta en lo intelectual refleja sus beneficios la independencia de la antigua madre Patria!

El poema se intitula: « Tabaré » ¿ Qué significa la palabra « Tabaré »? Zorrilla de San Martín nos dice en sus notas:

« El nombre de « Tabaré » se encuentra en el Viaje al Río de la Plata y Uruguay » de Ulderico Schmidel, aventurero alemán que acompañó al bravo y honesto Alvar Núñez en su memorable expedición al Paraguay.

» Éste nos presenta á un cacique « Tabaré », que hizo sudar el hopo, como decía Cervantes, á los bizarros expedicionarios de Alvar Núñez en las inmediaciones de la Asunción, que los indios llamaban « Lambaré ».

» No es ése, sin embargo, el protagonista de mi poema.

» ¿Cuál es entonces?

» Otro; y para explicaciones basta y sobra con lo dicho. Quede sólo sentado que « Tabaré » es el nombre de un cacique que un día existió; y que la voz « Tabaré » es genuina y muy característica de la lengua « tupi ». Lo cual, unido al sonido eufónico de esa voz, me indujo á adoptarla para designar con ella á mi protagonista, y, por fin, que la palabra « Tabaré » está compuesta de las voces « taba », pueblo ó caserío y « ré », después, es decir: el que vive solo, lejos ó retirado del pueblo. (Anotaciones de Angelis á la Historia de Rui Díaz.)

» ¡ Ojalá que mi Tabaré olvidado por los historiadores

porque no lo vieron, ó no quisieron, ó no pudieron verlo, resulte, sin embargo, más histórico que el Tabaré de Schmidel ó de Rui Díaz!

» Mucho pedir es eso: sin embargo lo diré sin vana pretensión, no creo que los cronistas de la conquista (incluso el bueno del arcediano Centenera que tantas cosas archicuriosas vió por estos mundos con los ojos de la imaginación que dió vida á « La Argentina ») no creo, digo, que los cronistas hayan visto á aquellos idiotos estafalarios que tanto quehacer dieron á los heroicos conquistadores con mayor intensidad que la con que yo he visto á mi imposible charrúa de ojos azules. »

Esto dice el poeta y yo creo que su « Tabaré » vencerá á todos, porque opino como él: « las historias de los poetas son á veces más « historia » que las de los historiadores. »

Pero vamos al poema. Yo deseo presentaros al poeta con sus hermosas concepciones vaciadas con admirable maestría en hermosos versos. Él tiene la palabra en la introducción de su poema:

« Seguidme hasta saber de esas historias,
Que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan,
La que narra el ombú de nuestras lomas,
El verde canelón de las riberas,

La palma centenaria, el camalote,
El ñandubay, los talas y las ceibas;
La historia de la sangre de un desierto,
La triste historia de una raza muerta. »

El poeta entra lleno de fe en la ejecución de su obra sabiendo, como lo dice, que:

« Crecen laureles, hijos de la noche,
Que esperan lirás para asirse á ellas,
Allá en la oscuridad en que aún palpita
El grito del desierto y de la selva. »

Es verdad! Hay que traducir ese grito en ritmo castellano; hay que pasar sobre la sangre oreada por el sol americano y sorprender en sus negruzcos manchones todo lo que sintió una raza extinguida. Para esas inquisiciones de la sombra, de lo lejano, de lo ignorado, hay que lanzar el pensamiento en medio de la niebla densa, de lo que ya no tiene forma ni color, y sentir eso que el poeta pinta así:

« Sumersión del espíritu en lo oscuro,
Reino de las quimeras,
En que no sabe el pensamiento humano
Si desciende, ó asciende, ó se despeña! »

En el libro primero, canto primero, ya se revela el poeta de América:

« El Uruguay y el Plata
Vivían su salvaje primavera;
La sonrisa de Dios de que nacieron
Aún palpita en las aguas y en las selvas;

Aún viste al espinillo
Su amarillo « tipoy »; aún en la yerba
Engendra los vapores temblorosos
Y á la calandria en el « ombú » despierta.

Aún dibuja misterios
En el « mburucuyá » de las riberas,
Anuncia el día, y por la tarde enciende
Su último beso en la primera estrella.

Aún alienta en el viento
Que cimbra blandamente las palmeras,
Que remece los juncos de la orilla
Y las hebras del sauce balancea;

Y hasta el río dormido
Baja en el rayo de las lunas llenas,
Para enhebrar diamantes en las olas
Y resbalar ó retorcerse en ellas. »

Pinta después el río Uruguay como serpiente que se arrastra en el virginal regazo de la América y respondiendo al grito que sus tormentas lanzan á los aires, habla de una raza que en las riberas aparece desnuda : ¡ la raza charrúa !

Sólo al poeta es dado trazar con mágicos pinceles cuadros deslumbradores por su novedad y su belleza ; Zorrilla de San Martín se desborda en un lirismo sublime ; tiene, como el trópico su vegetación exuberante y grandiosa, imágenes y conceptos que brillan en el conjunto de la obra como las pulimentadas facetas de un diamante inmenso. No tienen los líricos europeos el colorido, la estructura de filigrana, la pedrería valiosa de las joyas del Nuevo Mundo. Á mí me deslumbran, lo confieso, estos arrebatos de Zorrilla de San Martín, cuando al hablar de su nativo suelo dice :

« La patria, cuyo nombre
es canción en el arpa del poeta,
grito en el corazón, luz en la aurora
fuego en la mente y en el cielo estrella. »

Á la raza « charrúa » de la cual sólo queda el nombre, dice el autor de « Tabaré » que

« La encuentra el pensamiento
Antes que el mundo antiguo la sorprenda,
En lucha con la tierra y con el cielo
Y en su salvaje libertad envuelta.

Para ella, el horizonte cierra el mundo
Con un muro de piedra ;
Tras él duermen las tardes y las lunas,
Tras él la aurora duerme y se despierta,

Cruza el salvaje errante
La soledad de la llanura inmensa ;

Y el amarillo tigre, como el indio,
Como él fiero y desnudo la atraviesa.

El tigre brama ; el indio
Contesta en el silbido de su flecha.
¿ Dónde va ? ¿ Qué persigue ? Tras su paso,
Sobre ese suelo virgen ¿ qué nos deja ?

¿ Para él está formada
Esa encantada tierra
Que á los diáfanos cielos de Diciembre
Les devuelve una flor por cada estrella ?
.....

En esa raza de su excelso origen
Aun el vestigio queda,
Como el toque de luz amarillento
Que un sol que muere en los espacios deja.

Nacida para el bien, el mal la rinde ;
Destinada á la paz vive en la guerra
Hojas perdidas de su tronco enfermo
El remolino las arrastra enfermas. »

Descrita la condición y la suerte de esa raza, pinta el poeta al viejo cacique « Caracé », convocando con encendidas hogueras á las dispersas tribus. « Caracé » tiene en el cuerpo tantas heridas como manchas la piel del tigre y ha adornado su toldo con pieles y cbelleras de caciques « yaros » y « bohanes », arrancadas por su propio brazo ; diez son sus mujeres encargadas de aguzarle las espinas de sus flechas, encender el fuego de su toldo y fermentar el jugo de las palmas.

En las siguientes estrofas el poeta tiene imágenes bellísimas que como él dice en sus notas « no son hijas de la inspiración subjetiva, sino de una investigación laboriosa de la etimología de las voces guaranílicas con que esas ideas se expresaban por el indio » :

« Nadie sabe los fríos
Que ha vivido el cacique; pero cuentan
Que allá « en el tiempo de los soles largos »,
Al Uruguay llegó, desde la sierra

Lejana, muy lejana,
Que ve salir el sol, cuando las ceibas
En que hoy anida el águila, sentían
Correr la savia en su primer corteza.

Ya entonces había visto
Cruzar las lunas en las « horas lentas »;
Pero aun es joven, cual si con sus manos
Contar sus fríos « Caracé » pudiera;

Aun en sus fuertes dedos
Es la maza de piedra
El brazo de la muerte que en las tribus
Derrama el frío que en los huesos queda. »

Los « soles largos » en los veranos del Sur, la antigüedad pintada en la dura corteza de las ceibas y el invierno en las lunas de las horas lentas, son imágenes llenas de novedad, como la de llamar al sueño del sepulcro el frío que en los huesos queda.

Aire embalsamado en las selvas uruguayas es el que se respira leyendo estos versos. ¡Cómo hay quien diga que no tienen literatura propia los americanos del Sur! ¿No son los argentinos Mármol y Obligado, el venezolano Bello, el chileno La Barra y el uruguayo Zorrilla dueños de un estilo netamente nacional y propio?

El viejo cacique convoca á las tribus, porque ha visto tendido desde la playa que una inmensa piragua cruzaba por las islas del « Paraná-Guazú » dirigiéndose á la ribera. El poeta tiene aquí una figura hermosa, pues dice pintando la entrada de esa embarcación en el Uruguay :

« La nave avanza altiva;
Lanza un grito del cielo que retiembla;
Llega á la costa y agarrando al río
Por la erizada crin, en él se sienta. »

Rodean á Caracé los indios y al mirar espantados que descenden de la nave los hombres blancos, disparan sobre ellos una lluvia de saetas obligándolos á huir por las breñas :

« Dejando sangre en la salvaje playa
Y una mujer en la sangrienta arena.

.....
Parece flor de sangre,
Sonrisa de un dolor; es la primera
Gota de llanto que, entre sangre tanta,
Derramó España en nuestra virgen tierra. »

« Caracé » da á sus soldados todo el botín de guerra y él se lleva á su toldo á la blanca prisionera. Imaginaos en el silencio de aquellas soledades, cuando llega la noche con su clámide tachonada de cintilantes estrellas, la sed de amor de aquel indio frente á una mujer blanca como el lirio, que tiembla de pavor y de tristeza como la paloma en garras de un tigre. Así presenta Zorrilla de San Martín un drama en la sombra. Esa mujer que en el poema se llama Magdalena, sólo lloraba y rezaba; así vivió en el toldo del cacique y así fué madre.

El hijo de esa prisionera, nacido en el bosque y arrullado por los primeros cánticos cristianos que resonaron en la tierra uruguaya, se llamó Tabaré: Con gran novedad describe el poeta el asombro de los charruás al contemplar á ese niño que tenía en las pupilas :

« El azulado cerco
Que entre sus hojas pálidas ostenta
La flor del cardo en pos de un aguacero. »

Y agrega el lírico sud-americano :

« Y lo oyen y lo miran asombrados
Como á un pájaro nuevo
Que, unido á las calandrias y zorzales
Ensayá entre las ramas sus gorjeos. »

La madre toma á su hijo y va con él á la ribera del río y lo bautiza sin más sacerdote que Dios, ni más templo que aquella exuberante Naturaleza.

Vienen después cuadros hermosos. Duerme el viento en las ramas; en el flotante camalote el tigre y los pájaros en los nidos. Las tribus embriagadas aullan á lo lejos y se espera el instante en que el Cacique venga, tras la salvaje orgía, á buscar á su cautiva que esconderá á su hijo tras de los ceibos. El terror, la nostalgia, las especiales condiciones de aquella mujer mártir, abrevian sus horas; y pugna por mirar más intensamente á su hijo y trémula, agonizante, le dice :

« Duerme. Si al despertar no me encontraras,
Yo te hablaré á lo lejos;
Una aurora sin sol vendrá á dejarte
Entre los labios mi invisible beso;
Duerme; me llaman,
Concilia el sueño.

Yo formaré crepúsculos azules
Para flotar en ellos;
Para infundir en tu alma solitaria
La tristeza más dulce de los cielos.
Así tu llanto
No será acerbo.

Yo empaparé de dulces melodías
Los sauces y los ceibos,
Y enseñaré á los pájaros dormidos
A repetir mis cánticos maternos.....

El niño duerme,
Duerme sonriendo.

La madre lo estrechó; dejó en su frente
Una lágrima inmensa, en ella un beso,
Y se acostó á morir. Lloró la selva
Y, al entreabrirse, sonreía el cielo.

XI

¿ Sentís la risa? Caracé el cacique
Ha vuelto ebrio, muy ebrio,
Su esclava estaba pálida, muy pálida.....
Hijo y madre ya duermen, « los dos sueños. »

Así acaba el libro primero de este extraño poema. La madre ha muerto dejando en las soledades americanas á un niño, sangre de su sangre, amamantado y bautizado por ella entre el concierto de las ondas y del follaje. Este niño, este « Tabaré » de ojos azules, huérfano tan á raíz de la vida ¿ será un ángel ó un tigre con forma humana? ¿ está llamado á sentir y á llorar ó á luchar y vencer?

Abramos con curiosidad las páginas del segundo libro en las cuales aparecerá el misterioso personaje y veamos lo que en ellas se contiene.

¿ Habrá alguno, entre los que escribimos versos castellanos en el último tercio del siglo diez y nueve, que pueda considerarse libre de la culpa de haber imitado en algo los « lieds » alemanes de Heine, ó las rimas de Becquer, ese Heine de los españoles?

Hay una atracción irresistible por ese estilo que condensa en pocos versos las ideas y las expone en forma nueva. En Heine y en Becquer aparece la poesía desnuda; sus encantos no están velados por la forma ni sujetos al molde irritante en que los otros poetas vacían sus pensamientos.

Esa poesía subjetiva que algunos juzgan ajena á la índole de nuestro tiempo y fuera de la escuela realista, tiene sus encantos que no morirán pese á los filósofos de hoy tan exigentes como los de los siglos pasados.

Yo he obedecido en mucho á lo que se llama realismo, pero no admito más que dos escuelas, la buena y la mala; así es que lo subjetivo y lo real pueden pertenecer á la primera si nacen de un estro bueno y están revelados con pluma de oro.

Zorrilla de San Martín comienza el segundo libro de su poema con una invocación toda lirismo, en la que campean estrofas como estas :

« ¿Quién llora con la luna en los sepulcros
Y ríe en las estrellas,
Y respira en las auras otoñales,
Y anima la hoja seca,
Y es perfume en la flor, gota en la lluvia
Y en la pupila idea? »

Poeta lírico de primera fuerza, soñador por organización y por índole, invita á los que aman los imposibles á que escuchen en su leyenda el acorde arrebatado al misterioso rumor de las selvas nativas. Hace después la descripción de un villorrio fundado sobre la margen desierta en que el río San Salvador, tributario del Uruguay, derrama en éste sus aguas entre guayabos y sauces. Allí clavarón sus bastiones los castellanos é improvisaron sus viviendas que tenían :

« Techos pajizos de bambú, con hebras
De la raíz del « ñapindá » amarrados »;

rodeando la casa de piedra, habitada por el viejo adelantado Juan de Ortiz, sobre la cual tremola sereno el pabellón hispano.

¿Quién va — pregunta el poeta — á provocar y á

herir la raza de indios feroces é indómitos que viven libres en la tierra uruguaya?

« Sólo España ¿quién más? sólo ella pudo,
Con paso temerario,
Luchar con lo fatal desconocido,
Despertar al abismo y provocarlo ;

Llegarse á herir el lomo del desierto
Dormido entre los brazos
De la infinita soledad su madre,
Y allí clavar el pabellón cristiano. »

Nunca he renegado de mi estirpe; miro en España la casa solariega de mis primeros ascendientes y como lo dije en el prólogo de un libro, me son tan caras sus glorias, tan íntimas y gratas sus tradiciones que me bastó llegar al mar Cantábrico para estremecerme de entusiasmo y de júbilo, creyendo oír sobre las rocas del Auseba la inmortal plegaria de Covadonga. Heredamos la lengua española y no la usaremos nunca para herir á la conquistadora del Nuevo Mundo. Aplaudo la franqueza de Zorrilla de San Martín, al ensalzar el arrojo, el heroísmo de aquellos denodados guerreros del siglo XVI que se entregaron á los inmensos peligros del mar y de la campaña con indómitas razas. — ¿Cree alguno que no eran valientes los indios? — No habéis hecho gracia — le dijeron á Hernán Cortés sus jueces — en haber combatido con indios desnudos é ignorantes. — En aquel mundo — respondió Don Hernando — me encontré con hombres que me obligaron á volverles la espalda y correr, mientras que aquí ninguno de vosotros ni todos juntos, me haréis retroceder un palmo.

Soldados tan valientes como los que él trajo (no les niego la crueldad templada después por la mansedumbre de los primeros misioneros evangélicos) aparecen en el canto III del libro segundo del poema uru-

gayo, arreglando sus armaduras. « Sapicán » el cacique, murió después de que Garay dispersó sus tribus, pero tanto le amaban éstas que miran como después de muerto se les aparece y las alienta :

« Murió ; pero en la noche y cuando el astro
No alumbra las barrancas,
Y se duermen las víboras, y agita
Sólo el « ñacurutú » sus lentas alas ;

Cuando las sombras salen de los árboles
Y con los vientos andan ;
Y la nutria nadando cruza el río
Y canta el grillo oculto entre las matas,

El cacique aparece. Ya lo han visto
Las tribus espantadas
Buscar en vano su arco entre los juncos
Ó su maza de pórfito en las aguas. »

Pero sería necesario copiar todo el canto. Hay descripciones brillantes que bastarían por sí solas á Zorrilla de San Martín para darle preferente lugar en el Parnaso. Leyéndolo se mira pasar entre las tinieblas, á tiempo que las gotas de lluvia restallan en las hojas y golpean el lomo de los tigres que encandilados por los relámpagos braman encogidos, la sombra del cacique :

« Con sus ojos profundos encendidos. »
.....

Así se cierne por los espacios y cuando escucha :

« La primera canción que anuncia el alba,
En el aire sutil pierde sus formas,
Se diluye en la luz, se va ó se apaga. »

Lo mismo que « Sapicán » murió « Abayubá ». Era

el joven más amado del cacique ; la escena de su muerte puede pintarse en un lienzo :

« ¡ Cómo cayó ! Su cuerpo,
Pasado por el bote de una lanza,
Trepó por ésta hasta morir, cortando
Con el diente afilado por la rabia,

La rienda del caballo,
De cuya grupa el español acaba
Con el puñal, la destructora brega
Que la ocupada lanza comenzara.

Perdónese la reunión de asonantes. La figura es suprema ! Muertos el gigante « Añagualpo » « Yandinooca, » « Tabobá » « Magaluna, » « Yací, » « Terú, » « Maracopa, » y « Abaroré ; » esclava « Gualconda ; » sola « Liropeya, » la más hermosa virgen que pisó aquella playa, pues también ha muerto « Yandubayá » que supo á fuerza de heroísmos conquistar su cariño ; la adversidad cae sobre los bravos campeones de la playa, y en frente de sus arrojados, de sus sacrificios, de sus luchas titánicas, Zorrilla de San Martín pulsa la lira tirtéica y arranca de sus cuerdas los siguientes versos, que consagra como elegía á los primeros pobladores del Uruguay.

¡ Héroes sin redención y sin historia,
Sin tumbas y sin lágrimas !
¡ Estirpe lentamente sumergida
En la infinita soledad arcana !
¡ Lumbre expirante que apagó la aurora !
¡ Sombra desnuda muerta entre las zarzas !
Ni las manchas siquiera
De vuestra sangre nuestra tierra guarda.
¡ Y aun viven los jaguares amarillos !
Y aun sus cachorros maman !
¡ Y aun brotan las espinas que mordieron
La piel cobriza de la extinta raza !

¡ Héroes sin redención y sin historia
 Sin tumbas y sin lágrimas,
 Indómitos luchasteis. ¿ Qué habéis sido?
 ¿ Héroes ó tigres? ¿ Pensamiento ó rabia?
 Como el pájaro canta en una ruina,
 El trovador levanta
 La trémula elegía indescifrable
 Que al través de los árboles resbala,
 Cuando os siente pasar en las tinieblas
 Y tocar con las alas
 Su cabeza que entrega á los embates
 Del viento secular de las montañas.
 Sombras desnudas que pasáis de noche
 En pálidas bandadas
 Goteando sangre que, al tocar el suelo,
 Como salvaje imprecación estalla;
 Yo os saludo al pasar. ¿ Fuisteis acaso
 Mártires de una patria,
 Monstruoso engendro á quien feroz la gloria
 Para besarle el corazón la mata?
 Sois del abismo que la mente sonda
 Confusa resonancia;
 Un grito articulado en el vacío
 Que muere sin nacer, que á nadie llama;
 Pero sois algo. El trovador cristiano
 Arroja húmedo en lágrimas,
 Un ramo de laurel en vuestro abismo
 Por si mártires fuisteis de una patria! »

¡ Cuántas veces hemos dicho todos, sin expresarlo
 con los mismos conceptos, lo que Zorrilla de San
 Martín en tan valientes estrofas! Hay algunos versos
 duros á causa de los modismos americanos, pero á mí
 no me importa que la armonía se rompa si la idea se
 salva. — No estamos los mexicanos en el caso de los
 uruguayos, la patria mexicana estuvo bien definida
 desde los más remotos tiempos y su civilización asom-
 braba á los conquistadores. — Pero no en todos los
 lugares de América sucedía lo mismo y el canto de

Zorrilla de San Martín es aplicable á todos los igno-
 rados héroes de las razas indígenas.

Continúa el poema. Diseminados los indios por los
 bosques, suelen turbar con sus gritos, sus risas y sus
 maldiciones, la paz en que yacen los soldados españo-
 les mandados en jefe por Don Gonzalo de Orgaz á
 quien acompañan su hermana Blanca y Doña Luz su
 esposa.

Se comprende que don Gonzalo haya traído á su
 mujer á los peligros de la conquista, pero ¿ qué hace
 allí la inocente Blanca? oigamos al poeta :

« Quizá la niña en cuyos dulces ojos
 Se mueven las miradas
 Como insectos de luz aprisionados
 En urnas de cristal negras y diáfanas,
 Allí, bajo el escudo de su hermano,
 Es la nota con alas
 Que mezclada á un acorde moribundo,
 De gritos de dolor hará plegarias. »

Una tarde, tornó de su excursión Gonzalo con diez
 arcabuceros, trayendo presos á unos indios charrúas :

Salen de sus viviendas las mujeres
 Y los hombres á verlos;
 Ni una impresión se nota en sus semblantes :
 Todos caminan impasibles, fieros.
 ¡ Ah!... todos no. ¿ Quién es ese salvaje
 Que se detiene trémulo?
 ¿ No es su pupila azul? Azul, no hay duda.
 ¿ Qué hay en ella? ¿ Terror? ¿ Asombro? ¿ Miedo?
 ¡ Extraño sér! Indescriptibles líneas
 Tiene su cuerpo esbelto;
 Hay en su cráneo hogar para la idea,
 Hay en su frente espacio para el genio.
 Esa línea es charrúa; esa otra... humana;
 Ese mirar es tierno....
 ¿ No hay en el fondo de esos ojos claros

Un ser oculto con los ojos negros?
 La blanca piel de un tigre
 Ha ceñido á su cuerpo;
 No ha pintado su rostro ni en su labio
 Ha atravesado el signo del guerrero.
 Es pálido, muy triste; en su semblante
 Y en su azorado aspecto,
 Hay algo indescriptible y misterioso
 Que inspira amor, ó desazón, ó duelo.
 Por qué se ha desprendido de su grupo?
 ¿Se ha apoderado un vértigo
 De ese salvaje enfermo que venía
 Entre los otros indios prisionero?
 La onda de un suspiro
 Se ha notado quizá sobre su pecho,
 Y se hubiera creído, al observarlo,
 Que ha roto entre sus dientes un lamento.
 ¡Y no es pasión salvaje
 La que remece sus extraños miembros!
 ¡Así sacude su prisión el alma
 Cuando estallan en ella los recuerdos!»

¿Habéis ya conocido al personaje? Ha visto á Blanca cuya presencia ha despertado en su corazón los recuerdos de un pasado lejano. Él, en su infancia primera, miró una fisonomía semejante, exprimió un seno blanco como las mejillas de aquella virgen y se durmió sobre un regazo de armiño en que le servían de astros dos ojos azules y de música los cantos de Belem brotados de unos labios de grana. ¿Quién era ese prisionero?

« Tabaré » lo apellidan los charrúas,
 Ó « el hijo de los ceibos..... »
 ¡Hijo de mi dolor! una española
 Le decía llorando há mucho tiempo. »

Blanca tembló al mirar á ese indio y preguntó á su hermano Gonzalo quién era. — No lo sé, repuso Gon-

zalo, lo encontramos en actitud de plegaria y no se inmutó al verse rodeado de arcabuces. Le he dado el pueblo por cárcel.

« Yo probaré en ese indio si se encuentra
 Capaz de redención su heroica raza. »

Doña Luz, cruel y malévola, pedía para Tabaré y para todos sus compañeros la muerte, diciendo á su esposo :

« No son hijos de Adán, no son, Gonzalo;
 Esa estirpe feroz no es raza humana. »

Cuando los indios duermen, según el poeta :

« Tendidos en el suelo, como masa
 De bronce que se mueve y que palpita
 Con aliento vital en las entrañas. »

Sólo Tabaré vela con los encendidos ojos clavados en lo infinito. Se levanta, pasea, alza las manos, va y viene sin cesar y los soldados le llaman : « el indio loco. »

Blanca observa con atención al charrúa, hasta que un día se atreve á hablarle preguntándole por qué corría y si ella le infundía miedo. Cuando esa voz dulce penetra al corazón del salvaje, lo despierta á nueva vida. Dan ganas de reproducir todas estas páginas del poema. « Tabaré » habla así á Blanca :

— « ¡Oh, sí! Yo sé que acechas
 Mis horas de dolor;
 Sé que remedas alas de jilgueros
 Donde yo estoy.
 Yo sé que tú el secreto
 Conoces de mi sér,
 Y sé que tú te escondes en las nieblas.....
 ¡ Todo lo sé!

Que gimes en el viento,
 Que nada en la luz,
 Que ríes en la risa de las aguas
 Del « Iguazú, »
 Que miras en las altas
 Hogueras de « Tupá »
 Y en las lunas de fuego fugitivas
 Que brillan al pasar.
 Tú, como el algarrobo,
 Sueño das á beber ;
 Y das la sombra hermosa que envenena
 Como el « ahué. »
 Yo, temiendo tu sombra,
 Tiemblo y huyo de tí,
 Y tú en el despertar de mis memorias,
 Vas tras de mí.
 Mis nervios que eran fuertes,
 Fuertes cual « ñandubay, »
 Blandos como el retoño más temprano
 Del « ombú » están.....
 No ha pasado una luna
 Después que yo te ví ;
 ¡ Mira cómo está enfermo el indio bravo
 Sólo por tí ! »

Y después cuando « Tabaré » piensa en la hermosura de la mujer que lo llevó en su seno prorrumpe en estos versos :

« Era así como tú..... blanca y hermosa ;
 Era así como tú.....
 « Miraba con tus ojos » y en tu vida
 Puso su luz ;
 Yo la ví sobre el cerro de las sombras
 Pálida y sin color,
 El indio niño no besó á su madre.....
 ¡ No la lloró !
 Las avispas de fuego de las nubes,
 Ellas brillaron más ;
 Pero el hogar del indio se apagaba,
 Su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces
 Mis manos y mis pies.....
 Sólo en las horas lentas yo la veo
 Como « cuerpo que fué. »
 Hoy vive en tu mirada transparente
 Y en el espacio azul.....
 Era así como tú la madre mía,
 Blanca y hermosa..... ¡ pero no eres tú ! »

Cuando el indio se alejaba ocultando su llanto, volvía el rostro para decir á la virgen española lo que no puedo deciros en prosa y que pinta la idolatría del huérfano por la que nutrió sus venas con el blanco licor de sus pechos castellanos :

« — Así como tu mano,
 Blanca como la flor del « guayacán, »
 Es la que he visto siempre en la batalla
 Mi sudorosa frente refrescar.

.....
 Pero..... ¡ no era la tuya !
 Era otra aquella mano ¿ no es verdad ?
 ¡ Dile al charrúa que esos ojos tuyos
 No son los que en sus sueños vé flotar !
 Dile que no es tu raza

La que vierte esa tenue claridad
 Que en el alma del indio reproduce
 Aquella luz de su extinguido hogar :
 Aquella luz que el astro de los muertos,

Nunca sabrá copiar,
 Más pura que el reír de las auroras,
 Y el llorar de las tardes, mucho más !

.....
 ¡ Oh ! no : tú eres la sombra,
 Tú no vives la vida como yo ;
 ¿ Por qué has de arrebatarme mi memoria
 Y vestirme ante mí de su color ?
 « ¡ Déjame ! ¡ No me sigas !
 ¿ No sientes ? ¿ No lo ves ?
 ¡ El corazón del indio está muy negro !
 ¡ Triste como la sombra del « ahué ! »

« Tabaré » se desprende bruscamente de Blanca; doña Luz ha sorprendido que el indio hablaba con ella y ésta le dijo: siento por ese salvaje algo semejante al miedo de los niños. Después se alejó de la esposa de Gonzalo, en cuyas miradas había una expresión siniestra. Surge después en el poema un personaje simpático, el Padre Esteban, misionero bondadoso con los indios. Una noche en que estaba orando el Padre Esteban, oyó un lamento doloroso; abrió la ventana y pudo ver que huía de sus miradas un charrúa que le era muy conocido, así como á todos los soldados que lo encontraban vagando por los bosques.

Era « Tabaré, » que pasaba frente á las habitaciones de Blanca. Los soldados creyéndolo espectro trataron muchas veces de aprisionarlo; llegaron á darle lanzadas de las que se libró con destreza; pero ya rendido hubiera muerto si el Padre Esteban no llega gritando á los españoles « deteneos » y abriendo los brazos á « Tabaré » que se aferró á su sayal y cayó á sus pies con extenuación y fiebre. El monje reclinó sobre su pecho la cabeza del indio. — Después, el poeta pinta con mano maestra el hermoso amanecer de un claro día en América; yo copiaré esos versos un poco más adelante para robustecer la idea que tengo formada de su numen. — Doña Luz suplica á su esposo que despache al indio á sus selvas; don Gonzalo responde que partirá, pero Blanca ruega por él con ternura. Doña Luz, que no le supone pasiones nobles, asegura que meditaba « Tabaré » un crimen é inculpa al Padre Esteban porque quiere cristianizar á los salvajes.

Llama Gonzalo á « Tabaré, » le reprende su conducta, diciéndole que después de haber hecho con los caciques alianza de paz, él trata de violar ese pacto y puesto que es indomable, que vuelva á la selva sin tornar nunca á pisar el mismo terreno que pisan los castellanos.

« Tabaré » sombrío y huraño parte acompañado del monje. ¿Por qué va triste si le devuelven su libertad? Porque va enamorado, porque lo domina una pasión inmensa como la pampa y ardiente como el sol que torna cobriza la piel de sus compañeros.

Blanca mira al indio entre las ramas y se le acerca. Besa la mano al Padre Esteban y al encontrar en el rostro de « Tabaré » una expresión horrible, la expresión de un tigre enamorado, suelta las margaritas azules que trae en la falda y se acoge horrorizada al monje, escondiendo la frente en su sayal burdo. Blanca duda también de que el indio abrigue pasiones tiernas; asegura que conmovida por su desgracia iba á consolarlo, pero que le inspira miedo; ruega al Padre Esteban que la acompañe para volver al pueblo y se despide de « Tabaré, » deseando que la Virgen lo proteja.

El indio con estúpida mirada siguió sus pasos; ella volvió el rostro algunas veces y cuando « Tabaré » la miró por última vez, lanzó un horrible grito de dolor y de rabia; se desprendió bruscamente del monje sobre cuyo sayal había llorado como un niño, y corrió aullando hasta internarse en la selva. Avanzó la noche derramando sus sombras entre los árboles del bosque; á lo lejos resonaban atronando la espesura los gritos del salvaje.

« Sobre el sayal del monje,
Del charrúa quedó la primer lágrima:
¡Para llorar la moribunda estirpe
Una pupila azul necesitaba! »

Así termina el libro segundo. Con el tercer libro que estudiaremos en el otro artículo concluye la obra de Zorrilla de San Martín.